

por F. Valdés Domínguez.

Y llegó el cuatro de octubre de 1869.

Acusados aquel día, por un grupo de voluntarios, Eusebio y Fermín Valdés Domínguez, Manuel Sellén y M. Atanasio Fortier, de que, al pasar por la casa Industria 122 - morada de los Valdés Domínguez-, de vuelta de una "gran parada", se habían burlado de ellos, vinieron, por la noche, con gran escándalo, a prenderlos.

Durante toda aquella noche hicieron un escrupuloso registro en la casa de Valdés Domínguez, y en la mesa de estudio de Martí y Fermín encontraron algunos periódicos del periodo de la libertad de imprenta del general Domingo Dulce, y una carta cuyo sobre estaba sin cerrar, que aquel mismo día habían escrito Martí y Valdés Domínguez para mandarla a un discípulo que se había alistado como oficial español, siendo cubano, y estaba peleando contra su patria. La carta decía:

"Sr. Carlos de Castro y de Castro.

m Compañero:

¿Has soñado tu alguna vez con la gloria de los apóstatas? ¿Sabes tú como se castigaba en la antigüedad la apostasía? Esperamos que un discípulo del Sr. Rafael María de Mendive no ha de dejar sin contestación esta carta. Habana, octubre cuatro de mil ochocientos sesenta y nueve.- José Martí.- Fermín Valdés Domínguez."

Esta carta determinó la prisión de Martí, pues ya Valdés Domínguez había sido recluso en la cárcel.

Tras seis largos meses de causa pendiente, se juzgó en consejo de guerra a los acusados por los voluntarios.

Martí y Valdés Domínguez, que tenían la letra muy parecida, sostuvieron ante el Tribunal que sólo uno había escrito la carta y firmado por los dos.

Pero en el careo a que se les sometió, Martí no dejó hablar al que él llamaba su hermano del alma, y con energía lo hizo él para demostrar que era suya toda la culpa, y formulando duros ataques contra España y proclamando, en párrafos correctos y elocuentes, el derecho de los cubanos a la independencia, asombró por su audacia y dominó con el hechizo de su palabra a aquel tribunal de militares sanguinarios y nada peritos en la aplicación de las leyes. Fué aquel su primer discurso y la prueba más hermosa de su lealtad de amigo agradecido y noble. Actos como éste sólo son propios de almas ejemplares como la suya. Diez y seis años tenía entonces Martí. El fiscal pedía para él la última pena, y para Valdes Dominguez diez años de presidio. El fallo fué seis años de presidio para ambos. Martí pasó de la cárcel al presidio el cuatro de abril de mil ochocientos setenta, con el número ciento trece de la primera brigada de blancos, y su prisión de tres ramales fué - desde el primer día - a los terribles trabajos de la cantera de San Lázaro; peregrinación tristísima que hizo durante dos meses hasta que fué destinado a la cigarrería del Departamental. Por conmutación de condena ingresó de nuevo en la cárcel en 10 de octubre del mismo año, para ir a la Isla de Pinós como deportado; y, por último, fué trasladado a la Habana, en diciembre también del mismo año, y confinado a deportación en España, fué embarcado el treinta de dicho mes

Lo que Martí sugirió en presidio él lo dijo en un hermoso folleto que publicó en Madrid en 1871: "El Presidio Político en Cuba".

Del presidio salió ~~en~~ enfermo, y enfermo y pobre lo encontró en Madrid su hermano Valdes Dominguez, cuando, despues de arrastrar cadenas en presidio como compañero de los jovenes estudiantes asesinados el 27 de noviembre de 1871, allá lo mandaron las autoridades españolas de la Habana, que, temerosas de los voluntarios, dejaron incumplidas las órdenes de las Cámaras españolas y del Rey D. Amadeo de Saboya.

Martí estaba muy enfermo en julio de 1872. Dos veces lo habían operado de un sarcocèle producido por un golpe de la cadena de presidiario en las crueles faenas de la cantera. Nunca se curó de la que fué para él terrible dolencia, por las operaciones hechas a destiempo y en malas condiciones, y que tantas veces le obligó a guardar cama y le impedía andar.

Vivía entonces en una buhardilla y comía gracias a una clases que deba en casa de don Leandro Alvarez Torrijos y de la señora viuda del general español Ravenet. Ocultando él como siempre, sus necesidades, ~~da~~ nada decia de sus penas a nadie, y menos a su generoso y leal amigo el español señor Torrijos, ni a la cubana y noble generala. Delgado, sombrío el semblante, era un condenado a muerte por la enfermedad.

La llegada del compañero cambió el triste cuadro: ambos estaban enfermos; pero con elementos para hacer la guerra a la muerte, se aprestaron para la lucha.

Los doctores Candela y Gomez Pamo los atendían. Acordaron operar de nuevo a Martí, y en aquella difícil intervención quirúrgica se vieron los defectos, ya irremediables, de las anteriores. No quedó curado Martí, pero decidieron seguir sus distintas carreras, ya que sólo eso podían hacer, dado el estado físico en que se encontraban.

~ ~ ~

Al dejar Martí a Cuba no había terminado sus estudios de letras y filosofía.

Se examinó de admisión en el Instituto de Segunda Enseñanza de la Habana el 27 de septiembre de 1866, con nota de aprobado, y cursó y aprobó en el mismo, en el año académico de 1866 a 67, las asignaturas de gramática castellana (primer año), y principios y ejercicios de aritmética, obteniendo en todas ellas la calificación de sobresaliente, y la de doctrina cristiana e historia sagrada ganada por asistencia y aprovechamiento.

En el año, pues, de 1872, a los 19 años de edad, reanudaban aquellos dos hermanos los estudios, primero en Madrid y después en Zaragoza.

Ya hemos dicho que su primer discurso fué el que pronunció ante el consejo de guerra que lo juzgó; pero queremos recordar otro suyo en Madrid.

En la casa de un cubano entusiasta, el señor Carlos Sauv~~e~~lle, se reunían los cubanos para hablar de la patria y tratar de honrarla auxiliando a los presidiarios de Ceuta, fundando periódicos y contestando en folletos, como el que Martí publicó - "La República Española ante la Revolución Cubana" -, a los ataques de los hombres políticos españoles que, falseando la verdad, engañaban a los crédulos que solo veían en Cuba a la factoría necesaria.

Reuníanse allí los cubanos el 27 de noviembre para conmemorar el primer aniversario del asesinato cruel. Martí acababa de operarse, y, pálido y demacrado, iba del brazo de su amigo, con su amable sonrisa en los labios y en su frente sombra de tristeza honda.

A pesar de estar débil y enfermo, habló, y fué su oración - patriótica y enérgica - tan hermosa y arrebatadora, que en aquella sala no había corazón que no se agitara de pena, ni ojos que no lloraran, ni labios que no se abrieran nerviosos para aclamarlo. Detrás de él, a espaldas de la improvisada tribuna, colgado en la pared a la altura de su cabeza, estaba un mapa de Cuba; y cuando Martí, al terminar, evocó a la patria y habló en nombre de los que allí lo escuchábamos con religiosa unción, al decir: "Cuba llora!" ... el mapa se desprendió de la pared y quedó sobre su cabeza, como si quisiera convertirse en corona de laurel para su frente.

Martí era respetado en España - por sus folletos, sus escritos, y sus discursos - como político, como letrado, como literario y como orador. En

las universidades, en donde estudió y sufrió sus exámenes, eran días solemnes - entre catedráticos y alumnos - aquellos en los que el pobre cubano, proscrito y enfermo, iba a desarrollar una tesis de derecho o a disertar sobre algún arduo tema de letras o filosofía.

Era el jefe, entre los viejos de aquella emigración cubana de Madrid, el sabio Calixto Bernal, autor de una obra titulada "La Vindicación." No creía él en las promesas de España, ni pensaba en los beneficios de las libertades que pudieran alcanzarse por la autonomía, y trataba de hacer conocer los derechos del pueblo cubano a aquellos que lo trataban como raza inferior.

Para combatir estas añejas teorías buscaba el noble viejo Bernal a Martí, y era hermosos verlos, como dos camaradas, en centros políticos en donde se hacían respetar a pesar de que los llamaban los filibusteros.

En el Ateneo de Madrid, en la Academia de las Artes, en la Biblioteca Nacional, en teatros y salones distinguidos, era tratado por españoles ilustres con deferencia y afecto, doliéndose los más de las infamias que en Cuba deshonraban a la bandera española.

En pocos periódicos escribió: en "El Jurado," del digno don Francisco Diaz Quintero; en "La Discusión" y en ^{un} ~~su~~ semanario fundado por el canario don Andrés Avelino de Oriñuela, deportado por infidencias.

Las noches - en los días de tregua en el estudio, que eran muy pocos - las dedicaba a los teatros o a la logia masónica, aquella logia "Armonía", que presidía el general Pierrat o el músico notable Max Marchal, en la que Martí era el orador; lugar aquel en el que semanalmente se daban cita to-

dos los cubanos jóvenes que estaban en Madrid, y adonde también iban muchos notables literatos y periodistas españoles. Era la logia templo de amor y caridad: ella auxilió más de una vez a los cubanos presidiarios de Ceuta, y así como atendía a las necesidades de los pobres de cualquier país, seguía al cubano al hospital o a su casa. Aquella logia fundó un colegio de niños pobres, del que era director y único maestro el español -deportado por infidencias- don Amelio del Luis y Vela de los Reyes. Visitaban muchos hermanos, de noche, aquella escuela. Martí lo hacía con frecuencia: hablaba a los niños con todo el cariño de su alma, y les dejaba dulces y libros.

Otras noches las dedicaba a los ilustres talentos españoles Diaz Quintero, Eduardo Benot, Félix Bona, Montero Teninger, Salmerón; o a nuestros Calixto Bernal, José Ramón Betancourt, Francisco Ramos, Gabriel Millet, Rafael María de Labra, o se iba al café de "Los Artistas", y si hablaba con afecto al eminente José Echegaray, en el saloncillo del Español, y eran sus amigos Calvo y Teodora Lamadrid, y Burón y la Boldún, también se complacía en charlar, en la Cervecería Inglesa, con Marcos Zapata, el aragonés genial y talentoso. De esa vida entre hombres inteligentes nunca se olvidó Martí.

De tiempo en tiempo se dejaba ver en las butacas del teatro Real, pues allí estaba abonado a las deliciosas gradas del Paraíso.

Iba a algunos salones: a los del marqués de San Gregorio, a los de la señora marquesa de Vega Armijo, a los de los señores de Villaurrutia, y a los modestos, pero amorosos, de la distinguida cubana, de la señora de alma de ángel Barbarita Echevarría, viuda del general Ravenet.

Comprendió esta señora todo lo que sufría Martí, y trataba de borrar de su frente aquellas tristes sombras que parecían obscurecer las grandezas de su genio.

Siempre hablaba Martí de estas reuniones con afecto, con entusiasmo. Ninguna de aquellas fiestas, en las que tantas atenciones recibió, señala el recuerdo de una sola pena; y puede que en el baile o la tertulia íntima, y al calor de la chimenea en las noches de invierno, dejara algún pedazo de su corazón.

Martí escribió una hoja conmemorativa del veintisiete de noviembre, que firmaron Valdés Domínguez y su compañero Pedro de la Torre, ~~k~~ y en el libro de Valdés Domínguez "Los voluntarios de la Habana en el acontecimiento de los estudiantes de medicina," publicó su hermosa oda a los estudiantes fusilados, en donde dejó todas sus lágrimas y todo su amor a su patria.

Cada día se sentían más enfermos Martí y Valdés Domínguez; y por indicación facultativa, decidieron ir a continuar sus estudios a Zaragoza.

Martí no olvidó nunca los meses pasados en Aragón.

Era allí la Universidad su casa, su ateneo y lugar de gratísimas emociones; ¿cómo olvidar, pues, ni dejar de querer, a aquellos cariñosos catedráticos que gozaban con sus éxitos y que tenían a Martí por amigo ~~x~~ y compañero, más que discípulo?

Y si dejaban él y su compañero la Universidad, y si iban a su palco en el teatro Principal -al palco número trece, al que nadie se abonaba-, allí lo recibían, con saludos afectuosos, muchas amigas y amigos. A pesar de que los llamaban los insurrectos, en Zaragoza jamás se creyeron deportados, ni en tierra extraña.

En el café, en la redacción de "El Diario de Avisos", en todas partes tenía amigos. Larga sería la lista de ellos: Sabala y Dronda, Ariño, Penen, Peiro, Daina Arpal, Villarolla, Ordez, Zapata Luzón.....

y la casa de huéspedes de la calle de la Manifestación, del patrón valiente como él lo llamaba- D. Félix Sanz; y sus bellas hijas, "las paticas verdes", y el criado, el negro cubano Simón, hombre de armas y de frases a quien al entrar, muy de mañana, en su alcoba, el tres de

enero del setenta y tres, le preguntó Martí qué había de nuevo, y le respondió:

-Niño: hay un frío, que se hielan las palabras.

Era el famoso negro Simón limpiabotas del Arco de Sineja, el que en la primera remesa que mandó a Fernando Poo el general Lersundi, fué deportado por ñañigo y asesino; el negro fuerte y de cara simpática y varonil que buscaba su reivindicación moral peleando, como bravo, por la libertad, en las barricadas aragonesas.

¡Oh las barricadas! Nada más tristemente hermoso que aquel valor republicano de Aragón contra la ferocidad del general Burgos, que, con sus cañones Krupp, y por buscar un entorchado más, asesinó hombres, mujeres y niños.

Grandes eran los charcos de sangre que se veían, al pie de las barricadas, al siguiente día de la pelea criminalmente provocada por el Gobierno: sangre acusadora que aun no ha podido enseñar a los déspotas que la libertad, la ventura y la riqueza de los pueblos, sólo se consiguen sabiendo ser justos los gobiernos y enseñando a amarse a los hombres.

Días después de aquel triste día de matanzas, se reunía el pueblo de Zaragoza en el teatro, a fin de recaudar algún dinero para las viudas y huérfanos de los valientes muertos. En esa velada habló Martí, y dió a su amigo Leopoldo Burón unos versos suyos, que este famoso actor español leyó con maestría y entusiasmo.

El insurrecto fué aclamado aquella noche como orador y como poeta.

En muchos de sus escritos recuerda Martí a Aragón, y en sus "Versos Sencillos" deja su afecto a la tierra de la sinceridad y el patriotismo.

Por la mañana -en los días festivos y en aquellos en los que no había clases-, visitaba la Aljafería y los arrabales de la capital de Aragón; por la tarde iba al Canal de Pignatellí, a El Pilar o a la Catedral de la Seo; y de día pasaba horas deliciosas en el estudio del famoso pintor Gonsalvo, o invitado por el notable señor Lopez Bernuez, gozaba de un

dia de campo-en su torre- y admiraba su valiosa colección de monedas y cerámicas.

En Zaragoza, iba de tarde a estudiar a un pequeño y solitario paseo que había al costado de la iglesia del Pilar y a orillas del Ebro herboso; allí empezó a escribir Martí su drama en prosa "Adúltera". Nada se conoce aún de esta obra literata y filosófica. Como otras muchas suyas se publicará -si llega a publicarse- quizás cuando haya pasado la época en que la escribió y los hombres para quienes la meditó como enseñanza provechosa.

En Zaragoza empezó a escribir artículos en donde dejaba los juicios que le merecían los monumentos antiguos.

Despues siguió estos estudios en Madrid, Burgos, Sevilla, Cádiz y otros lugares de España y de Francia.

Al terminar el año de 1874 dijo adiós a Zaragoza; a una blonda y bella ~~señorita~~ y distinguida señorita a quien amó; a amigos y amigos que ~~eran~~ ridisimos; a sus templos y a la Aljafería, que, segun dicen allá, guarda el primer oro que llevaron de Cuba los conquistadores.

Y volvió a Madrid.

Terminó, pues Martí, en Zaragoza, sus estudios universitarios en el año de 1874, y despues de un viaje por París y otras ciudades de Europa, llegó enfermo a Southampton. Allí debía embarcarse para México. Sus padres y sus hermanas lo esperaban allá, con sus títulos de abogado, licenciado en filodofía y letras, y sus estudios especiales en administración, para trabajar para ellos, sin dejar de pensar -como siempre y a pesar de sus penas físicas- en las tristezas y dolores de la patria.

Abatido se despidió de su amigo Valdés Domínguez en aquelxx puerto sombrío. El barco que lo llevaba a Veracruz era de emigrantes, pero en aquel gran vapor habia buenas cámaras para pasajeros de primera. Llevaba Martí dinero bastante para pagar su pasaje de primera y llegar con algunos pesos a México; pero suponiendo su amigo que, deseoso de llevar más dinero a su familia, seria capz Martí de ir como emigrante, luego que lo abrazó, se fué a la casa consignataria y entregó el importe de un pasaje de primera, y explicó al capitán del vapor sus temores.

En un artículo que publicó Martí en México describe -como él sabia hacerlo- sus horas de angustia a bordo de aquel trasatlántico. Decia Martí que se le dió un plato sucio y una cuchara, y se vió en un inmundo de-~~pan~~partamento en que era sofocante el hedor de la suciedad y de la miseria; allí, entre centenares de hombres empujados por la fatalidad, habia un caldero apestoso que le hizo recordar el rancho del presidio en la Habana y cuando queria buscar en aquellos rostros embrutecidos por el hambre y las enfermedades, ojos en los que brillara algún rastro de inteligencia o una lágrima de dolor, la voz del capitán lo sacó de su triste y dolorosa abstracción:

-¡Mr. Marti!-gritó el marino.

Y decia Martí: "No era el capitán ~~quien~~ ^{quien} me llamaba para que ocupara mi cómoda y elegante litera; era mi hermano el que me estrechaba entre ~~su~~ sus brazos; era algo amado de mi Cuba que iba conmigo en aquel viaje triste que me llevaba quizás fatalmente a la muerte."

Difícil seria hacer aqui un juicio de los folletos y artículos que publicó en Madrid y en otros lugares de Europa por aquella fecha. Es "El Presidio Politico en Cuba" el más enérgico y patriótico lamento de dolor que ha podido escribir un cubano. Dice Martí: "Dolor infinito debía ser el único nombre de estas páginas. Dolor infinito, porque el dolor del presidio es el más rudo, el más devastador de los dolores, el que mata

la inteligencia y seca el alma, y deja en ella huellas que no se borrarán jamás."

El que escriba la historia de los dolores y heroísmos que forman la historia de las luchas del pueblo cubano por su libertad y por su honra, ha de tener que buscar en ese folleto el alma de la patria; y en otro que tituló "La República Española ante la Revolución Cubana", encontrará toda la filosofía y racional aplicación de las verdades del derecho político, y la elevada y noble apreciación de las virtudes patrias.

En sus artículos, en sus versos, en sus discursos, no hay una vulgaridad; hay siempre la labor del ~~xxx~~ hombre sincero y modesto, del literato y del tribuno genial.

(Obras de Martí por Journals de Zuesada, t. XII, de "Martí Opuscula de hermanos" por F. Valdés Domínguez, en El Triunfo, Habana, 19 y 20 mayo, 1908; p. 16-33)

